PEREZ CAPO

Gran Guiñol

El beso de Olimpia.
¡A traición!
El secreto del niño.
Espionaje.

Precio: UNA peseta

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1915

GRAN GUIÑOL

GRAN GUIÑOL

POR

FELIPE PÉREZ CAPO

I.—El beso de Olimpia.
II.—¡A traición!
III.—El secreto del niño.
IV.—Espionaje.

500

MADRID
G. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1915

NOTA IMPORTANTE

Por la representación de cada una de las cuatro obritas que forman este volúmen se pagará la mitad de los derechos correspondientes á una comedia en un acto.

EL BESO DE OLIMPIA

DRAMA DE GRAN GUIÑOL EN UN CUADRO

PERSONAJES

OLIMPIA.

MARÍA GLORIA.

FEDERICO.

EL MARQUÉS.

El beso de Olimpia

«Camerino» de una artista de género ínfimo. Puerta al foro y otra a la derecha. Muebles modernos elegantísimos. Lámpara lujosa encendida.

ESCENA PRIMERA

OLIMPIA y FEDERICO. Al levantarse el telón, Olimpia, vestida con un caprichoso traje de cupletista y sentada sobre las rodillas de Federico, rechaza a éste cariñosamente

OLIM. ¡Ni un beso más!

FED. Pero Olimpia...

OLIM. Te parecerán pocos todavía. Se habla de las mujeres y los difíciles de contentar sois los hombres.

FED. Pues sí... Me han parecido pocos y más fríos que nunca.

OLIM. Creerás que no te quiero.

FED. Creo que no me quieres como antes.

OLIM. ¡Te pones intolerable con tus celos y vas a conseguir tener razón!

FED. Pero mujer...

OLIM. ¡Déjame! La tonta soy yo, que te doy todas mis alegrías y tú no sabes agradecérmelo. Te lo he dicho mil veces, y te lo he jurado, y te lo he retejurado. Ese hombre, por quien tú dudas de mí, me tiene completamente sin cuidado.

FED. Pues no deja de asediarte.
OLIM. No importa.
FED. Y es más rico que yo. Es riquísimo.
OLIM. No importa.
FED. Entonces... permíteme que te lo diga... deberías desengañarlo de una vez y para siempre.
OLIM. No digas tonterías. Ya se desengañará él si quiere. ¡Qué afán de proporcionarla a una conflictos y dificultades!...
FED. Eres un poco egoísta. Por no sacrificar un momento tu tranquilidad, vas a verme intranquilo durante mucho tiempo.
OLIM. ¡Y vuelta! Tú crees que yo soy una coqueta peligrosa.
FED. No lo creo... Pero acabarás logrando que lo crea.
OLIM. La conversación llega ya al punto de todos los días. Te lo diré por última vez. Libre soy, y, por serlo, he dado mi cariño a quien me ha parecido mejor. Si por dinero fuera, no te he hubiese preferido. Eso te consta. Y como nada me obligaba a preferirte, es que me ha parecido bien... Y ya está hecho... Y no hay más que hablar, ni que temer... Tuya y siempre tuya. Mientras tú no cambies, ¿eh? Porque, eso sí, hasta ese extremo no llega mi abnegación. ¿Te conviene así?... Pues sígueme queriendo, sin ofenderme y sin obligarme a que desprecie a nadie. Después de todo, ¿qué más desprecio quieres que no haberle preferido?
FED. Como todas las noches, acabas convenciéndome.
OLIM. Y como todas las noches, te empeñas en jugar con el fuego. Mira: todas las mujeres tenemos el instinto de la coquetería. Cuando la mujer se enamora de un hombre, ese instinto suele adormecerse. La habilidad del hombre está en pasar todo lo más lejos posible y de puntillas para no despertarlo.
FED. ¿Es una indirecta?
OLIM. ¡Y dale! Es un consejo.

ESCENA II

DICHOS y MARÍA GLORIA por el foro. Es una mujer joven, demacrada y pobremente vestida

M. GLO. Buenas noches.

OLIM. ¿Quién?... ¡Pero tú!... ¡María Gloria!...

M. GLO. Yo misma. Te asombra verme y lo comprendo.

OLIM. No, mujer.

M. GLO. Sí; no lo niegues. He dicho «yo misma» y te he mentido. No soy la misma María Gloria de antes. Ahora te contaré.

FED. Yo las dejo a ustedes en plena libertad.

M. GLO. Puede usted quedarse. No es ningún secreto.

FED. Es que... tengo que hacer... ¿Verdad tú?

OLIM. Sí.

M. GLO. Entonces...

FED. Hasta luego. Vendré a buscarte. Te llevaré al baile... si quieres.

OLIM. ¡Qué cosas tienes! ¡Claro que quiero!...

FED. Pues convenido. Hasta después. (Vase por el foro.)

ESCENA III

OLIMPIA y MARÍA GLORIA

OLIM. ¿Qué te ha pasado, María Gloria? Tú, tan demacrada, tan mal vestida...

M. GLO. He sufrido mucho, Olimpia. Desde que dejamos de vernos, he perdido mi alegría, mi salud, mis alhajas, mi tranquilidad...

OLIM. Y, ¿cómo ha sido eso?

M. GLO. Pues muy sencillo. He tenido la desgracia de enamorarme de verdad.

OLIM. ¿De aquel rubio con lentes?...

M. GLO. Todo lo contrario. De un moreno con una barbaridad de vista. Tú no le has conocido.

OLIM. Pero sí recuerdo que tú eras de las impasibles. Tú asegurabas que el amor era una cosa convencional y que no te enamorarías nunca.

M. Glo. Estupideces que decimos las mujeres. Me enamoré, Olimpia... precisamente del más modesto de cuantos me han pretendido. Y yo, acostumbrada a gastar sin tasa, a triunfar, a disfrutar de todo y a reirme del mundo... hoy me veo sin un céntimo, viviendo de milagro y llorando a las gentes.

Olim. Pero, ¿y el muy bribón?...

M. Glo. El muy bribón huyó de mi lado en cuanto llegó la miseria a nuestra casa. No puedes imaginarte lo que he luchado y lo que estoy sufriendo. Yo no quería recurrir a ti. Me daba fatiga... ¡Pensar en cómo tú me has conocido y venir ahora... como vengo!...

Olim. Vamos, tranquilízate. Mucho antes debiste recurrir a mí.

M. Glo. Lo pensé... Pero ya te he dicho... Y, hoy, tampoco hubiese venido... Vacilé mucho... No tenía otro recurso... Y si fuera yo sola, me moriría en un rincón... Pero tengo un hijo, Olimpia... Un hijo que me pide pan...

Olim. Cálmate, mujer. Voy a socorrerte... Y bien... Como yo lo hago todo.

M. Glo. ¡Eres muy buena!

Olim. Veo muy lejos, María Gloria.

M. Glo. ¿Por qué dices eso?

Olim. Por mi misma. ¡Veo muy lejos! Calla... (Va a la puerta del foro y vuelve.) No me he equivocado. Entra aquí, en mi tocador. Es cuestión de dos minutos. Voy a pedir por primera vez en mi vida. Y va a ser para ti.

M. Glo. Déjame que te bese.

Olim. Luego. Entra.

(Vase María Gloria por la derecha.)

ESCENA IV

OLIMPIA y el MARQUÉS por el foro

Marq. ¿Hay permiso?

Olim. Adelante, señor Marqués.

Marq. Señor... ¡Siempre señor!... ¡Qué afán de hacerme más viejo de lo que soy y de no tratarme con la confianza que yo ambiciono!...

Olim. No hay por qué molestarse. Retiro el «se-

ñor» desde este momento. Marqués: tengo que hacerle una pregunta gravísima.

MARQ. ¿Gravísima?

OLIM. No sé me ocurre otra palabra. Vamos a ver... ¿Daría usted mil pesetas por un beso mío?

MARQ. ¡Olimpia, qué pregunta! Ya sabe usted que sí. Daría... ¡daría mi fortuna entera!

OLIM. Yo no quiero más que mil pesetas.

MARQ. ¡No! Usted no habla en serio... Usted se burla de mí.

OLIM. Le juro a usted que no.

MARQ. Pues permítame que le diga que no la comprendo. Usted, que nunca quiso escuchar mis frases de amor; usted, que a todas horas se entretuvo en amargar mi felicidad; usted, que prefirió a otro hombre, guardándole una fidelidad que tal vez no merece... ¡Usted ahora me pide eso... con esa condición!... Reconozca que es un caso rarísimo.

OLIM. Usted me lo ha dicho en varias ocasiones. «Un beso, Olimpia... ¡Aunque no sea más que un beso!...» Pues ya lo ha conseguido usted... Si en eso consistía su felicidad... ¡por fin va a ser dichoso!

MARQ. Pero... ¿un beso solo?...

OLIM. Y en el mayor de los secretos. ¿Acepta usted? ¡Pero con la condición de conformarse para toda la vida!... Un segundo después no habrá pasado nada... Amigos como siempre... ¿Acepta usted?

MARQ. ¡Acepto!... ¿Cuándo?

OLIM. Ahora mismo (Va á la puerta de la derecha y llama.) María Gloria... Puedes salir.

MARQ. ¿Cómo?...

ESCENA V

DICHOS y MARÍA GLORIA, por la derecha

M. GLO. ¿Decías?... Caballero...

OLIM. Marqués... Entréguele esas mil pesetas a esta pobre mujer... Por no conocer el valor de un beso, hoy vive en la miseria y tiene un hijo que llorando le pide pan.

MARQ. Aquí está el billete.

M. GLO. Gracias... ¡Un millón de gracias!... Yo no esperaba esto.

OLIM. Vuelve a tu casa... y cuando beses a tu hijo, loca de alegría, uno de los besos dáselo en mi nombre. Adiós, María Gloria.

M. GLO. Adiós, Olimpia... Y agradecida siempre... Adiós, caballero... (Vase por el foro.)

ESCENA VI

OLIMPIA y el MARQUÉS. Al final FEDERICO

OLIM. (Después de una larga pausa.) ¿En qué piensa usted?

MARQ. En renunciar al beso. La satisfacción de haber hecho una obra de caridad, bien vale mil pesetas.

OLIM. ¡Eso es un desprecio y una ofensa!... No renunciará usted a su derecho. ¡Se lo exijo!

MARQ. Está bien... Usted lo quiere... Le daré a usted un beso, diciéndole una vez más que la adoro, ¡que la adoro, Olimpia!... ¡Olimpia de mi alma! (Le echa las manos al cuello y al tiempo que la besa frenéticamente la extrangula.)

OLIM. ¡Suelte usted!... ¡Qué angustia!... ¡Socorro!... ¡So... co... rro!... (Queda muerta en los brazos del Marqués.)

FED. (Sale por el foro.) ¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

MARQ. (Con gran sangre fría.) Poca cosa... Nada... ¡Que me ha vendido su último beso!... ¡Que me ha vendido su último beso! (Telón rápido.)

FIN DE «EL BESO DE OLIMPIA»

¡A TRAICIÓN!

DRAMA DE GRAN GUIÑOL EN UN CUADRO

PERSONAJES

ISABEL.

ANSELMO.

CARLOS.

ENRIQUE.



¡A TRAICIÓN!

Una sala de armas en Madrid. Puertas laterales. Todo el fondo lienzo de pared donde hay panoplias, cuadros, etc. Arrimado a la pared y ocupando todo el fondo, diván o banqueta. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telon aparecen sentados en el diván, fumando, ANSELMO y CARLOS

CARLOS Dejaremos la lección para mañana.

ANS. ¿Dejarla? ¡De ninguna manera!

CARLOS Como se encuentra usté tan cansado...

ANS. Y ¿qué? Se descansa un rato y se vuelve a la faena con mayor empeño.

CARLOS Y como mi lección es gratuita...

ANS. Razón de más. Si no lo fuese, quizás me negaría a dársela. Siendo gratuita, la doy con mejor buena fe y con mayor agrado. ¡Usté todavía no conoce mi carácter!...

CARLOS Excelente... Excelentísimo, mi querido maestro.

ANS. Usté venía aquí con unos amigos a ver cómo aprendían a tirar.

CARLOS Eso es. Y usté me preguntó una tarde si yo sabía. .

ANS. Y usté me dijo que no, aunque siempre tuvo afición y deseos.

CARLOS Y usté me invitó a matricularme en su sala.

Pero yo me disculpé porque desgraciadamente no tenía recursos para ello.

ANS. Y yo entonces le dije que eso no era obstáculo, porque tenía sumo gusto en enseñarle de balde.

CARLOS Yo me resistí; pero acabé aceptando.

ANS. Y hoy es usté mi mejor discípulo. No... Mi mejor amigo. Esto, querido Carlos, es una cosa muy humana... A los que enseño por dinero les enseño sin entusiasmo, como forzado... No me son simpáticos... Compran mi habilidad y mi paciencia por unos cuantos duros mensuales. Y eso siempre es deprimente. Al darles mi lección no pienso más que en los días que aun faltan para cobrar mis honorarios. Con usté es distinto... Me parece como si enseñara á un hijo mío... Y disfruto porque le pongo en condiciones de defenderse de sus enemigos, de atacar al que le ofenda, de vivir en el mundo con la seguridad de la destreza de su brazo.. Gracias a mí no aguantará usté humillaciones... Gracias a mí tendrá usté un decoroso medio de vida... No le ofenda mi vanidad... ¿Quién no tiene algo de vanidoso?

CARLOS Eso que usté juzga vanidad es buen corazón.

ANS. No, querido Carlos. Buen corazón y vanidad son dos cualidades distintas. Voy a concederle que yo poseo las dos. ¡Pero siempre dominando la vanidad! No le quepa a usté duda.

CARLOS Lo esencial es que mi maestro es muy bueno.

ANS. Su maestro no. Su amigo. Y basta de palique. Vamos a aprovechar el tiempo.

CARLOS Como usté ordene.

ESCENA II

DICHOS e ISABEL. Sale por la derecha

ISAB. Anselmo...

ANS. ¿Qué quieres, Isabel?

ISAB. Ha venido un botones del *Lyon d'or*...

ANS. (Fingiendo contrariedad.) ¡Ah, sí! Sí... ¿Con recado de ese sablista vergonzante que me tiene frito?...

ISAB. No sé... Sólo me ha dicho que te espera un caballero.

ANS. El mismo. No voy a tener más remedio que tomar una determinación. Es demasiado.

ISAB. No te sulfures, hombre. Hay que tener buen corazón.

ANS. Y bolsillo para resistirlo. Anda, tráeme el gabán. Querido discípulo: no tardo ni cinco minutos. El tiempo de perder dos pesetas, de decir que son las últimas y de suplicar a ese... desdichado que no vuelva a molestarme.

CARLOS Insisto en que por mí podemos aplazar la lección.

ANS. Insisto en que no tardo cinco minutos.

ISAB. Aquí tienes el gabán.

ANS. Perfectamente.

ISAB. Te acompañaré hasta la escalera y vuelvo a la cocina. Te estoy haciendo unas empanadillas que será cosa de chuparse los dedos.

ANS. ¿Por qué guisas tú? Sabes que me contraría.

ISAB. Te contraría; pero bien saboreas mis guisos.

ANS. Eso es otra cosa. Hasta ahora mismo, Carlos. (Vanse Isabel y Anselmo por la derecha.)

ESCENA III

CARLOS y en seguida ISABEL

CARLOS ¡Qué rara es la voluntad del hombre! Antes anhelaba con toda mi alma estas ausencias de mi maestro. Ahora siento que se aleje de aquí. ¿Será el aguijón de la conciencia?... ¿Será la señal del hastío?...

ISAB. (Saliendo.) ¡Carlos!... ¡Carlos de mi vida!... ¿Cómo?... ¿Qué tienes?... ¿Estás enfadado?

CARLOS No, mujer.

ISAB. Sí; no me engañes. Hace unos días que vengo notando en ti cierta frialdad que me desagrada, que me da qué pensar...

CARLOS ¿Frialdad?... ¡Qué cosas dices!

ISAB. La verdad, Carlos mío. Y yo sospecho por

lo que es. Mira... Cuando yo acepté tu cariño me hablabas con mayor entusiasmo, me acariciabas con mayor vehemencia. ¿Te acuerdas?... Un día me propusiste huir de aquí, levantar el vuelo juntos, abandonar a este ogro, indigno de posar sus bigotazos sobre mi cutis de nácar... ¿Te acuerdas?...

CARLOS Es claro que me acuerdo... No soy tan frágil de memoria.

ISAB. Yo me negué... Voy a serte sincera... Me negué por miedo... Mi único cariño eres tú.. Pero ese hombre es una fiera; sería capaz de matarme... Nada más que por eso sigo aquí esclavizada; feliz los minutos que te veo y mártir las demás horas del día... ¿No me crees?

CARLOS Sí, mujer... ¿Por qué no había de creerte?

ISAB. ¿Verdad que has dudado de mi cariño?... ¿Verdad que no te explicabas por qué rechazaba la gloria, que es tu cariño y tu cariño solo, prefiriendo seguir en el infierno, que es la compañía de ese miserable? ¿Verdad que no te lo explicabas?...

CARLOS Verdad es... Pero ha bastado tu sincera confesión para que ya me lo explique. De ahora en adelante, duda ninguna.

ISAB. Y esperanza, muchísima. Carlos, ¿me querrás siempre?

CARLOS Como siempre y con toda mi alma.

ISAB. ¡Qué bueno eres, Carlos, y qué feliz soy en este momento!

CARLOS ¡Lástima que los minutos sean tan breves!

ISAB. Una pregunta... Si yo me decidiera en un momento de valentía a separarme de este ogro y este ogro me persiguiera y me matara, tú ¿qué harías?

CARLOS Matarlo a él, fuera como fuera.

ISAB. Y ¿luego?...

CARLOS Luego...

ISAB. Venir a reunirte conmigo allá en las regiones ignoradas... ¿Verdad?

CARLOS Verdad.

ISAB. ¡Carlos, qué valor me están dando tus palabras! ¡Carlos, qué muerte tan dulce confiando mi alma en tu voluntad!... ¡Carlos, júramelo sin palabras!... Con los ojos...

CARLOS Te lo juro, Isabel... Te lo juro... (Sale Enrique por la derecha y los sorprende abrazados. Los otros se separan rápidamente. Pausa.)

ESCENA IV

DICHOS y ENRIQUE

ENR. Supongo que ha salido el maestro.
ISAB. Salió hace un instante... Pero usté, ¿cómo ha entrado?
ENR. Vi que estaba la puerta entornada y empujé... Ahora comprendo que debí apretar el botón del timbre... Pero, en fin, ya está.
ISAB. ¿Entornada la puerta? Si la cerré yo misma al salir Anselmo...
ENR. Pues entornada.
ISAB. Cuando usté lo dice... (Entre dientes.) Yo cerré... Yo cerré...
CARLOS Isabel, tenga usté la bondad de dejarnos solos un momento. Este caballero y yo tenemos que hablar sobre un asunto muy serio y muy delicado.
ENR. Desconozco ese asunto... Pero estoy á sus órdenes.
ISAB. ¡Carlos... por Dios!
CARLOS Tenga usté la bondad... Se lo suplico...
ISAB. ¡Qué miedo!... ¡Qué miedo, madre mía! (Vase izquierda.)

ESCENA V

CARLOS y ENRIQUE

CARLOS Son dos palabras nada más. En el interior de mi pistola hay seis balas que pretenden asegurar la eternidad de un secreto.
ENR. Entre caballeros esos procedimientos huelgan. Basta con exigir una palabra de honor.
CARLOS ¿Y si yo la exigiera de usté?...
ENR. La tendría en el acto.
CARLOS Según eso, ¿el secreto morirá con los tres?.. Con ella, con usté y conmigo... ¿Me promete usté que será así?

ENR. Así será. Se lo prometo.
CARLOS Ahí va mi mano.
ENR. Ahí va la mía.

ESCENA VI

DICHOS y ANSELMO

ANS. Ya estoy de vuelta. ¿Ve usté, Carlos, como era una cosa breve?... ¡Hola, amigo Enrique! Usté por acá... No le esperaba tan temprano.
ENR. Acabé pronto mis asuntos y quise adelantar la leccion.
ANS. Perfectamente. Puede usté descansar un momentito. Vamos a continuar el turno. Carlos, vaya usté al guardarropa y arréglese pronto. Que usté es de los que se entretienen demasiado.
CARLOS Algo de torpeza, querido maestro. Procuraré evitarla. (Aparte.) Hoy será la última lección... ¡Será la última! (Vase derecha.)

ESCENA VII

ENRIQUE y ANSELMO

ANS. ¿Era cierto?
ENR. Era cierto.
ANS. ¡Traidores!... ¡Traidores!... (Pausa.) Cuénteme usté lo sucedido.
ENR. Subí sigilosamente; de igual modo abrí la puerta de la escalera con el llavín que usté me dió en el café; de puntillas llegué hasta esta sala, y, cuando se dieron cuenta de mi presencia, ya les fué imposible disimular. Isabel se desprendía de los brazos de su discípulo.
ANS. ¡Estaba seguro de esa infamia!... Por estarlo no quise comprobarla por mí mismo. He sido un cobarde... Pero yo no me conformaba con la seguridad relativa... Quería tener, como ahora tengo, la seguridad absoluta, y necesitaba un amigo, un amigo verdadero,

que me hiciera este favor tan grande, tan delicado, tan inolvidable .. ¡Traidores!

ENR. Querido maestro... Recuerde usté que me prometió tener serenidad.

ANS. Lo prometí... ¡Pero la traición es tan grande!... La historia de mi amistad con él ya usté la conoce.

ENR. Sí... Realmente, no se explica su villanía.

ANS. ¡Es mayor la de ella! ¡La de ella no tiene nombre!... Isabel me debe la vida... Isabel enferma, abandonada, sin recursos, hubiera muerto como una perra si mi corazón no se compadece de su desgracia. Yo le curé su enfermedad, le dí el pan de mi mesa, le dí el cariño de mi alma... ¡Y todo eso me lo paga con esta traición!... ¡Ella es más infame! ¡A ella no la perdono!... ¡No! ¡No la perdono, Enrique! ¡No la perdono!

ENR. (Aterrado.) ¿Cómo? ¿Qué piensa usté hacer? ¡No intentará usté que yo haya sido el instrumento de un crimen!

ANS. (Recobrando aparentemente la calma.) No... nada de crimen. Pasada la indignación impulsiva del primer momento, llega la reflexión serena que adormece las pasiones... Matarla, no... Perdonarla, tampoco. La echaré al arroyo... de donde la recogí. La escupiré.. como la escupieron otros... Pero, ¿perder mi libertad por ella?... ¡Nunca!... Amigo Enrique: aquí, después del favor que usté me ha hecho, no ha sucedido nada. Buscaré el motivo para echar de mi casa a la una y para evitarme la amistad del otro. Pero tranquilo, sonriente... Ni la traición merece más... ni ellos tampoco. (Se dirige a la panoplia y coge un florete sin botón, con la punta afilada. En la panoplia no hay más que ese en estas condiciones.)

ESCENA VIII

DICHOS y CARLOS. Luego ISABEL

CARLOS Cuando el maestro quiera.

ANS. En el acto. Coja usté su florete. (Carlos coge un florete con botón.) Verá usté, amigo Enrique,

cuánto ha adelantado este condiscípulo. En guardia. (Tiran durante algunos segundos y a la voz de Anselmo se interrumpe el asalto.) ¡Tocado!

CARLOS Ha sido una casualidad.

ENR. Ya tira usté admirablemente.

ANS. ¡Estoy orgulloso de él! En guardia. (Vuelven a tirar. Anselmo hiere con su florete a Carlos.)

CARLOS ¡Ay!... (Deja caer el florete, se lleva las manos al pecho, da algunos pasos vacilante y cae desplomado sobre los brazos de Enrique que acude a socorrerle.)

ENR. ¿Eh? ¿Cómo?... ¡Herido!. . ¡No! ¡Muerto!...

ANS. ¡El florete! ¡Me he equivocado de florete! (Llama.) ¡Isabel! ¡Ven! ¡Corre!...

ENR. ¿Qué ha hecho usté?

ANS. ¡Yo no! ¡Yo no!...

ENR. Ese florete estaba preparado por usté de antemano. No me lo niegue.

ISAB. (Sale.) ¿Qué pasa?

ANS. ¡Mira!... ¡Muerto! ¡He matado a Carlos!

ISAB. ¿Cómo?... ¡Carlos! ¡Carlos! ¡A traición ha sido!... ¡A traición ha sido!.....

ANS. (Furioso.) ¡Isabel!... (Transición.) ¡Ha sido el florete!... ¡El florete!

ISAB. ¡Traidores! ¡Traidores! (Con gran amargura.)

ANS. (Ríe como un salvaje.) ¡El florete! ¡El florete! (Telón.)

FIN DE «¡A TRAICIÓN!»

EL SECRETO DEL NIÑO

DRAMA DE GRAN GUIÑOL EN UN CUADRO

PERSONAJES

JESUSA.

FERNANDO.

EL MAYORDOMO.

EL MÉDICO.

EL SECRETO DEL NIÑO

Sala en una casa rica de pueblo en la provincia de Valencia. Puerta al foro y dos laterales.

ESCENA PRIMERA

EL MAYORDOMO y EL MÉDICO

MAY. (Desde la puerta de la izquierda.) ¡Pobre señorito! Hoy está peor que nunca. (Sale el Médico.) ¿Cómo le encuentra usted, señor doctor?

MÉD. Mal.

MAY. Pero, ¿teme usted?...

MÉD. Lo mismo que vengo diciendo hace tres días. Don Fernando puede vivir un mes y puede no vivir diez minutos.

MAY. Cuarenta y ocho horas lleva sin dormir.

MÉD. Ahora lo dejé un poco adormilado. Mejor dicho, traspuesto, vencido... Don Fernando es una lámpara que se apaga.

MAY. Después de haber alumbrado mucho. Eso le mata. La mala vida que ha llevado siempre. Y cuidado que yo se lo advertía... No puede usted imaginarse lo que yo le sermoneaba... Pero inútil... Era predicar en desierto.

MÉD. Y, sin embargo, usted tiene ascendiente sobre él.

MAY. A ratos. Y no para todo. Me pasa con el ascendiente lo que con la confianza. Siem-

pre me la tuvo amplísima y al mismo tiempo me ocultó varios incidentes de su vida. Uno de ellos ha sido los amores que sostuvo con esa mujer, a quien he telegrafiado anteayer por orden suya.

MÉD. A consecuencia de una pregunta que me hizo con desconsoladora ansiedad: «Doctor, yo estoy muy malo. ¿Verdad que me muero? Mis miembros, cada vez más paralizados, me indican un fin próximo. ¿Es cierto? No me engañe usted. Por doloroso que le parezca confirmar mi sospecha, más doloroso sería que yo muriese con la conciencia atormentada. Doctor: yo guardo un secreto, como ningún otro se guardó en el mundo. Porque es un secreto que no conoce nadie más que yo. Y he sido feliz mientras lo he podido guardar... Y ahora sería una tortura para mi alma si yo no pudiese revelárselo a la persona que tal vez experimente, al conocerlo, la mayor de todas las alegrías de su vida. ¡Dígame usted, doctor, que me muero y que me muero pronto!... Yo lo sé... yo lo sé... pero es que quiero oirlo de sus labios.»

MAY. Y usted... ¿se lo dijo?...

MÉD. ¡Nunca! Yo le dije que no... que curaría... que podía seguir siendo guardador de ese secreto que le había hecho tan feliz.

MAY. Entonces...

MÉD. Entonces me miró fijamente, leyó en mis ojos, tal vez lo que mis ojos no decían, y con profundo convencimiento exclamó: «Que venga mi mayordomo. Hay que telegrafiar a una mujer... Yo quiero que llegue a tiempo... Doctor, ¡qué ansiedad hasta el momento en que la vea entrar por la puerta de esta casa!...»

MAY. Al sonido del timbre entré yo en su cuarto... «Ensilla el caballo, me dijo, vete escapado al pueblo y telegrafía lo siguiente...» Aquí tengo el borrador que hice con lápiz. (*Saca un papelito de su cartera y lee.*) «Jesusa López, Montera, 70. Madrid. Deseo verte urgentemente. Estoy en mi finca de Valencia. Fernando.»

MÉD. Indudablemente esa es la persona a quien ha de revelar el secreto.

MAY. Ignoro quién pueda ser ni de lo que se trate. No recuerdo haber conocido a esa mujer. Pero cuestión de amores hay en ello, con toda seguridad.

ESCENA II

DICHOS y JESUSA por el foro

JES. ¿Don Fernando Tejada?
MÉD. Una forastera.
MAY. Esta debe ser. (A ella.) ¿Usted es doña Jesusa López?
JES. Jesusa a secas. Sí, señor; yo soy. ¿Usted es el mayordomo de don Fernando?
MAY. Justamente. Pero no recuerdo...
JES. En efecto, no nos hemos visto hasta ahora. Le conocía a usted por referencias Antes de hablar con su amo, quiero que hablemos usted y yo.
MAY. Estoy a sus órdenes. También iba yo a proponérselo. (Pausa.) El señor es el Médico del pueblo.
MÉD. Que les deja a ustedes, porque tiene varias visitas que hacer. (Al Mayordomo.) Ya sabe lo que le tengo advertido. Hasta la tarde. Señora..
JES. Caballero...
(Vase el Médico.)

ESCENA III

JESUSA y EL MAYORDOMO

JES. Usted lo sabrá seguramente. ¿Me ha perdonado?
MAY. Lo ignoro. Antes de nada, debo manifestarle que de todo este asunto no tengo más noticia que el texto de un telegrama que yo mismo deposité en la oficina.
JES. ¿De modo que don Fernando no le habló nunca de mí?
MAY. En la vida.
JES. Pues bien... (Pausa.) ¿Está enfermo?

MAY. Mucho.

JES. Me lo había figurado. ¿Habrá decidido decirme?... ¡No, usted no sabe nada!

MAY. Una ligerísima rectificación. Sé algo... Muy poco... Sé que hay un secreto.

JES. Que ha sido mi castigo. Lo merecí. Fuí muy mala con él. Pero tenía cierta disculpa. Yo ya era mala antes de conocerlo. El lo sabía. Sin embargo, yo me porté mal. Lo reconozco. Juró que no me perdonaría nunca. Yo recelo... ¿Me llamará para perdonarme? ¡Yo quisiera saberlo fijamente!

MAY. ¿Quién puede asegurar?... Tal vez sí.

JES. No lo creo... Voy a decirle a usted la verdad de todo, y después de oirla, usted opinará como yo. No me llama para perdonarme... No me llama para darme la felicidad... Verá usted... Yo conocí a don Fernando... (Timbre dentro.)

MAY. Es él, que me llama.

JES. ¡Qué emoción tan grande, amigo mío!

MAY. ¿Le anuncio su llegada?

JES. Sí... se lo ruego... Tengo deseo de verle... Ya creí que no lo vería más. Se desmejoraba por momentos... Lloré mucho...

MAY. Espere usted un instante. ¡Qué diablo de cosas!.. ¡Qué diablo! (Vase.)

JES. ¿Por qué le engañé?... ¿Por qué le robé la felicidad?... ¿Qué extraño que se vengara robándome la mía?... ¡Hizo bien!... ¡Hizo bien!

ESCENA IV

DICHOS y FERNANDO

Es un hombre de unos cuarenta y cinco años, paralítico. Sale apoyado en el Mayordomo. Anda a duras penas y va directamente a sentarse en un sillón

MAY. Apóyese usted un poquito más... Así...

FERN. Jesusa...

JES. Fernando... (Pausa.)

FERN. Déjanos solos. Que no entre nadie.

MAY. Está bien, señor. (Vase por el foro cerrando la puerta.)

FERN. (Habla haciendo un verdadero esfuerzo.) ¿Te habrá extrañado mi telegrama?

JES. Mucho. Perdóname que te pregunte. ¿Tienes noticias de nuestro hijo?... ¿Vive?... ¿Está bueno?

FERN. Lo ignoro. Hace un mes vivía.

JES. ¿Será muy guapo?... ¿Estará muy alto?... ¿Sabe que yo vivo?... ¡Si supiera cuantísimo he llorado por él!... Fuí muy mala contigo, Fernando... Pero tú has sido cruel... muy cruel...

FERN. No hablemos de eso.

JES. Muy cruel... ¿Qué culpa tenía el infeliz chiquillo de mi maldad?... De mi maldad contigo... Con él no, que lo quería más que a las niñas de mis ojos. ¿Te acuerdas?... Tú fuiste un día a casa con una mujer desconocida... Ibas más amable que nunca... Fingías... Digiste que la mujer iba a llevar al niño para que lo conociera un pariente tuyo que estaba paralítico... Como tú estás ahora... ¿Será castigo del cielo?

FERN. ¡No! .. Calla .. Déjame hablar...

JES. Fué un engaño .. El niño, que tenía entonces quince meses, salió de mi casa en brazos de aquella mujer para no volver nunca... Nunca... Me lo robaste...

FERN. ¡Era mío!

JES. ¡Fué un error tuyo! Aquél niño me hubiera hecho buena... Lo he comprendido luego... Al quedarme sin él, sabiendo que vivía... Hoy tendrá cinco años... Veinte de mi vida daría por besarle una vez.

FERN. Lo besarás.

JES. ¡No! Eso me lo has dicho muchas veces, para gozarte luego en desbaratar mis ilusiones. ¡No te creo! ¡Tantas veces como te rogué que me aclararas este misterio, que me dijeses donde estaba el hijo de mis entrañas!...

FERN. Hoy te lo diré... Todo llega en la vida... Pero antes has de jurarme que desde este momento no habrá para ti más cariño que el de nuestro hijo.

JES. Te lo juro por lo que tú exijas.

FERN. Por lo que tú quieras.

JES. ¡Por ti!

FERN. ¡Jesusa!

JES. ¡Por ti!... ¡Por la alegría que me causaría verte sano!... ¡Los tres juntos, felices!...

FERN. (La emoción no le permite hablar.) A... a... a...

JES. ¿Cómo? ¿Qué tienes?... ¿Qué te pasa? (Fernando, desesperado, le indica que no puede hablar.) ¡Habla!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío, hazle hablar! (Fernando hace señas de que quiere escribir.) ¡Un lápiz!... ¡Qué rabia no tenerlo!... (Va a la puerta, abre y llama.) ¡Aquí! ¡Pronto! ¡Pronto! (Fernando inclina la cabeza sobre el hombro derecho.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y el MAYORDOMO, por el foro

MAY. ¿Eh? ¿Cómo? ¡Señor! (Le coge una mano.)

JES. ¡Quiere escribir!

MAY. ¡Qué ha de querer, señora!... ¡Si está muerto!...

JES. ¿Muerto? (Aterrada.)

MAY. El médico tenía razón. ¡Pobre señorito!

JES. ¡Virgen mía!... ¡Virgen mía!... ¡Se lleva su secreto!... ¡Su venganza es eterna!... ¡Mi hijo!... ¡Mi hijo de mi alma!... ¡Nunca! ¡Ya nunca!... ¡Ya nunca! (Llora desesperadamente. Cuadro y telón.)

FIN DE «EL SECRETO DEL NIÑO»

ESPIONAJE

DRAMA DE GRAN GUIÑOL EN UN CUADRO

PERSONAJES

SUSANA.

LA ENFERMERA.

PADRE SIMÓN.

EL OFICIAL.



ESPIONAJE

Interior de una casa rústica en el Este de Francia. Puerta y ventana al foro, que dan al campo. Puertas laterales. Una mesa, sillas, etcétera.

ESCENA PRIMERA

SUSANA y el PADRE SIMÓN

SUS. (Cose cerca de la ventana.) Descansaré un momento, porque parece que se me anubla la vista.

P. SIM (Sale por el foro. Es un campesino de unos sesenta años. Trae algunos útiles de labranza, que deja en un rincón.) Ya estoy de vuelta.

SUS. ¡Qué pronto, padre mío!

P. SIM. Es que... verás... Es que no he ido al predio. Me encontré en el camino a Pedro, el pastor de cabras... Nos pusimos a charlar... De la guerra, naturalmente. El sabe muchas noticias... El otro día llegó con su ganado hasta muy cerca de un campamento.

SUS. Y ¿qué? ¿Qué te ha dicho?

P. SIM. Muchas cosas, Susana. Malas y buenas. La guerra es el azote de los pueblos. Pero ¿qué hemos de hacerle, pobres de nosotros? Resignarnos y pedir al cielo que termine pronto.

SUS. Y que triunfen los nuestros.

P. SIM. Eso no hay que pedirlo. Dios, que es muy sabio, lo comprende perfectamente. (Pausa.) ¿Qué coses?

SUS. Repasaba el capote de ese pobre oficial. Estaba el tal capote hecho una lástima... Descosido, roto, manchado... Lo estoy dejando, si no como nuevo, bastante decoroso. ¿Quién sabe? Quizás termine acribillado por la metralla.

P. SIM. ¿Por qué, mujer? ¿Por qué razón ha de sucumbir su dueño? Como tuvo la suerte de encontrar este refugio, su buena estrella le guiará también con felicidad hasta el fin de la campaña.

SUS. Tiene usted razón, padre... Suerte grandísima fué para el pobre oficial hallar esta casa y...

P. SIM. Y hallarte a ti.

SUS. A los dos. Usted lo ha cuidado tan bien como yo.

P. SIM. El infeliz venía malísimo... Extenuado, febril, desorientado...

SUS. Si tarda diez minutos más en llegar a esta casa, seguramente se hubiera caído del caballo.

P. SIM. Y se hubiera muerto, solo, perdido, en medio del campo.

SUS. Ha pasado unos días malísimos. Intranquilo, triste, preocupado... Tenía una misión que cumplir... Misión secreta, delicada, de mucha importancia... Según dice el...

P. SIM. Pero, en fin, ya no hay que hablar más de lo pasado. El oficial está restablecido y mañana podrá seguir su ruta, sano y salvo. Ahora lo he visto, paseando al sol, animadísimo... Iba acompañado de la enfermera.

SUS. Sí... Salieron juntos... No cesan de charlar. Como todo el mundo, de la guerra...

P. SIM. Pero ellos hablan con conocimiento de causa. ¡Han sido testigos presenciales de tantas tragedias y de tantos episodios!... También fué casualidad. Pasar ella por estas soledades a las pocas horas de llegar él.

SUS. Dijo que, restablecida de una enfermedad, volvía a la línea de fuego.

P. SIM. Justo.
SUS. ¿Usted la creyó?
P. SIM ¿Por qué no, hija mía?
SUS. Opino que no dijo verdad. Apostaría a que ella venía precisamente de la línea de fuego.
P. SIM. ¡Qué tonta eres! ¿Por qué había de mentir?
SUS. Por no descubrir lo que quizás le convenga ocultar. Usted ha dicho que llegó casualmente.
P. SIM. Es claro.
SUS No tan claro. Esa mujer venía siguiendo al oficial.
P. SIM. ¡Admiro tu imaginación! Pero ¿por qué había de seguirle?
SUS. ¡Padre, qué inocente es usted! Porque esa enfermera está enamorada del oficial.
P. SIM. ¡Bah, bah!... No digas disparates. Si cuando ella aseguraba que lo conocía mucho, él tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para recordarlo.
SUS. Pero recordó que sí, que la conocía.
P. SIM Muy vagamente.
SUS. Lo cual no demuestra que el oficial esté enamorado de la enfermera; pero sí que la enfermera está enamorada del oficial. Que es lo que yo sostengo.
P. SIM Un detalle. Dime uno...
SUS. En el acto. Habrá usted observado que ha asistido al oficial, durante los días que estuvo enfermo, con un cuidado y una bondad grandísimos.
P. SIM. Es su oficio, muchacha. Y aunque no lo fuera... Con igual bondad y con el mismo cuidado lo asististe tú, y no por eso puede asegurar nadie que estés enamorada del oficial.
SUS. Padre... (Vacila.)
P. SIM. Susana...
SUS. Nada... Ellos vuelven. Ni la menor alusión. Que ella le quiera o no, debe tenernos sin cuidado.
P. SIM. Evidentemente.

ESCENA II

DICHOS, el OFICIAL y la ENFERMERA. Salen por el foro

ENF. — Un poquito mareado. No lo niegue. Esa cabeza no está muy firme todavía.

SUS. — ¿Cómo?... ¿Se puso peor?

OFIC. — No... no se alarmen ustedes... A pesar de lo que asegura mi bondadosa enfermera, me encuentro bien... He paseado seguro, sin el menor mareo... Tan cierto estoy de mi absoluta curación que mañana, al amanecer, ya andaré a caballo, atravesando campos y corriendo caminos.

SUS. — ¿Nos abandona ya?

OFIC. — El deber me lo exige.

ENF. — ¡Qué falta de confianza!... No ha querido usted que yo fuese la primera en conocer su decisión...

OFIC. — Realmente... es que hasta este momento no lo he decidido.

ENF. — Entonces... Puesto que usted asegura que está completamente bien y puesto que ha resuelto continuar su ruta, yo aquí ya no tengo nada que hacer y también voy a seguir cumpliendo mi cometido. Señor oficial: antes de media hora partiré de aquí. Contenta por verle fuera de peligro y por haber conocido a esta familia tan encantadora.

P. SIM. — Un millón de gracias. Tú, Susana, ¿no corrrespondes a su galantería?

SUS. — Sí... Yo también le doy otro millón de gracias.

ENF. — Con permiso... El tiempo de arreglar mi pequeño maletín y vuelvo en seguida.

P. SIM. — Esta señora comerá algo antes de partir.

ENF. — No, nada...

SUS. — ¿Cómo que no? Por lo menos, tomará una taza de caldo y un vaso de vino.

ENF. — Aceptado. ¡Son ustedes muy buenos! Los recordaré toma mi vida... Muy buenos. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

SUSANA, OFICIAL y PADRE SIMÓN

OFIC. Reconozco que les ha hecho justicia la enfermera. Pero hay que reconocer que ella es también la misma bondad.

P. SIM. Hace un instante se lo decía yo a Susana.

OFIC. Difícilmente se encontrará otra mujer más amable, más humilde, ni más simpática.

SUS. Cualquiera diría, señor oficial, que está usted enamorado de la enfermera.

OFIC. Voy á hablarles con toda sinceridad. En este momento aún no lo estoy.

P. SIM. Eso quiere decir algo.

SUS. (Nerviosa.) Eso quiere decir...

OFIC. Que si en el curso de mi vida vuelvo a encontrarme nuevamente con la enfermera, tengan ustedes por seguro que acabaré enamorado y muy por lo serio.

SUS. Y yo celebraré que eso llegue y que sea usted feliz..., muy feliz... Voy a preparar el refrigerio para la viajera. Muy feliz, sí señor... Muy feliz... (Vase emocionada por la izquierda.)

ESCENA IV

OFICIAL y PADRE SIMÓN

OFIC. Estas palabras de su hija...

P. SIM. Demuestran que las mujeres se fijan más en todo que los hombres. Algo habrá notado ella .. De fijo...

OFIC. Va demasiado lejos, amigo mío. Le aseguro que por la enfermera no he sentido hasta ahora otra inclinación que la que producen la simpatía y el agradecimiento. Es exactamente la misma inclinación que siento hacia su hija. Y hacia usted ¡qué diablo! Y no por eso puede asegurarse...

P. SIM. Que esté usted enamorado de mí. ¡Naturalmente! Dejemos estas fruslerías y hablemos de cosas más serias. Señor oficial: ¿Termi-

nará pronto esta terrible guerra? ¿Terminará con bien para nosotros?

OFIC. Yo así lo espero... Una y otra cosa... Quizás de esos documentos secretos, que el Estado Mayor me confió para entregar al Ministro de la Guerra, surja el golpe final, decisivo y glorioso.

P. SIM. El Señor le escuche. ¡Qué felicidad poder dormir tranquilo!... Yo ahora no puedo... Pienso mucho... Tiemblo por todos... ¡Qué ira tan grande!... La vejez no sirve para nada... ¡Ay, si yo no fuese viejo!... ¡Si no lo fuese!...

ESCENA V

DICHOS, LA ENFERMERA luego SUSANA

ENF. (Sale por la derecha con un pequeño maletín.) Ya estoy dispuesta para la marcha.

SUS. (Sale por la izquierda. Trae en una bandeja una taza con caldo y un vaso con vino, que deja sobre la mesa.) Y aquí tiene usted esto para animarla en su camino.

ENF. Se ha empeñado usted... Siempre tan amable... (Deja el maletín sobre una silla y se sienta junto á la mesa.)

SUS ¡Qué envidia siento después de haberla co nocido!

ENF. ¿Envidia de mí? (Bebe el contenido de la taza y después el del vaso.)

SUS. Y grandísima. Yo también, si no fuera por mi viejecito, dejaría la tranquilidad de mi casa para acudir al socorro de los infelices que caen heridos ó enfermos en esta horrible contienda. ¡Qué satisfacción para el alma poder ser útil a la humanidad que sufre, a la humanidad que arriesga su vida en defensa del honor de la patria, que es el honor de todos, en defensa del porvenir de sus hermanos, en defensa de la alegría y la tranquilidad de sus hogares!... Yo también iría, padre... Yo también iría...

P. SIM. Hija.. En la voluntad, cuando la voluntad es noble, nadie debe mandar. Haz lo que te

manda tu corazón y tu conciencia... No te sacrifiques por mí... Por la patria me he sacrificado yo cuanto he podido. Ella es antes que todo, ¡porque lo es todo!

OFIC. ¡Qué alegría me causa oirles expresarse de esa manera!... Sus frases me animan a luchar con mayor entusiasmo, a cumplir mis deberes patrióticos con doble interés... (A la Enfermera.) A usted le pasará lo mismo.. (La Enfermera no contesta y apoya su cabeza en el brazo que tiene sobre la mesa.) ¿Cómo?... ¿Es que se encuentra usted mal?...

ENF. (Haciendo un verdadero esfuerzo.) Mal... Malísima... No sé... No sé... (Se retuerce en horribles convulsiones. Después se queda inmóvil.)

OFIC. Pero, ¡qué extraño!

P. SIM. Extrañísimo.

SUS. Se le habrá subido el vino á la cabeza.

P. SIM. Es probable.

OFIC. Vamos, mi buena amiga... Nada... Parece un mareo...

P. SIM. Un mareo muy grande.

OFIC. ¡Qué contrariedad!... (A la Enfermera que no le contesta.) ¿No se le pasa?... ¿No se le pasa?... ¡Inútil!

SUS. (Bajo a Simón entre cínica y asustada.) Padre... He sido yo... ¡Yo!... Una venganza...

P. SIM. (Bajo a Susana.) ¡Hija!...

SUS. (Como antes.) Yo no creí que caería tan pronto...

P. SIM. (Como antes, con amargura.) ¡Es un crimen!

SUS. (Idem, con gran entereza.) ¡Pero no me arrepiento!

OFIC. Acérquense ustedes... Esta mujer no da señales de vida.

P. SIM. (Después de coger una mano de la enfermera.) Sí... sí, señor... Aun tiene pulso... Vive...

OFIC. ¿Qué haríamos con ella?

SUS. No sé... Nosotros no tenemos medicina ninguna... ¿Verdad, padre?

P. SIM. Ninguna. (La Enfermera vuelve á retorcerse más débilmente que antes y cae desplomada sobre Simón.)

OFIC. Quizás en su maletín lleve ella algún frasquito de sales. Esto pudiera reanimarla. (Coge el maletín de la Enfermera.) Está cerrado... Y ¿la llave?...

P. Sim. La tendrá ella en algún bolsillo.

Ofic. No hay tiempo que perder. La cerradura parece débil. (A Simón.) Sugete usted a esa infeliz, no vaya a caerse al suelo. (Intenta saltar la cerradura del maletín.) No es tan fácil como yo creía. Sí, sí... Ya cede... Ya... (Consigue abrir el maletín.) ¡Ya cedió! (Registra.) No, aquí no se ve ningún frasquito... No hay más que papeles... (Con sorpresa y ansiedad.) ¿Eh?... ¿Qué es esto?... ¡No es posible!... (Saca unos papeles.) ¡Sí!... ¡Son los mismos!... ¡Son los documentos del Estado Mayor!... ¡Me los robaba!.. ¡Me los robaba esta mujer!...

Sus. ¿Qué dice?...

Ofic. ¡Hubiera sido mi deshonra, mi muerte! Esta mujer no es una enfermera... Es una espía... Nos ha engañado á todos...

Sus. ¿Lo ve usted, padre? (Al oficial.) A mí no... A mí no me ha engañado...

Ofic ¡Oh! ¡En cuanto se le pase este accidente!...

Sus. No se le pasará.

Ofic. ¿Cómo?

Sus. Padre, déjela usted.. Que caiga, que ruede... ¡Lo mismo da! Señor oficial... Esa mujer está envenenada... ¡La he envenenado yo para salvarle a usted y para salvar a la patria!

Ofic. ¡Ha sido usted más perspicaz que yo! ¡El cielo se lo premie!

P. Sim. ¡Esto es un crimen! ¡Esto es un crimen!

Ofic. ¡Nunca! El que mata a un espía tiene el perdón de todos sus compatriotas... Susana: evitar que estos papeles desaparecieran y fuesen a caer en poder del enemigo, ha sido prolongar mi vida. ¡Para usted será mientras quiera la suerte!

Sus. ¡Y yo juro que siempre he de ser digna de ella! (Se abrazan.)

P. Sim. (Abrumado y siempre sosteniendo a la Enfermera.) ¡Esto es un crimen! ¡Esto es un crimen!

(Telón.)

FIN DE «ESPIONAJE»

Obras de D. Felipe Pérez Capo

La noche del Tenorio.—Zarzuela en un acto (3.ª edición.)
Leganés. 15, 3 t. - Apropósito lírico.
La Huertana.—Zarzuela en un acto.
Don Miguel de Mañara.—Idem íd.
El mozo crúo.— Sainete lírico (4.ª edición.)
El día de la Victoria.—Apropósito cómico
Flor de Mayo.—Zarzuela en un acto.
El galgo de Andalucía.—Opereta en un acto.
Los cangrejos.—Sainete lírico.
El organista de Móstoles—Zarzuela en un acto.
Frou-Frou. — Humorada lírica en un acto (2.ª edición.)
Sinibaldo Campánula.—Monólogo (5.ª edición.)
El tio Calandria.—Entremés.
Aires nacionales. — Zarzuela en un acto.
El alma de Cantarillo.—Idem ídem.
La Arabia feliz.—Entremés lírico.
Idilio.—Comedia lírica en un acto.
La corte de los casados.—Opereta en un acto.
La Pinturera.—Entremés.
La Octava Maravilla.—Idem lírico.
María Jesús.—Zarzuela en un acto (2.ª edición.)
La venta del burro.—Entremés lírico
Las ruinas de Talía.—Revista lírica en un acto.
El lazarillo. – Zarzuela en un acto.
La compañera.—Idem id.
Santuzza.—Zarzuela en un acto.
El compañero Gutiérrez.—Sainete.
Dora, la viuda alegre.—Opereta en un acto (2.ª edición.)
Mary, la princesa del dóllar.—Idem íd. (2.ª edición.)
¡El gran hombre de Strasberg!—Zarzuela en dos actos.
El misterio de un vals.—Opereta en un acto.
El Carnaval de Venecia.—Zarzuela en un acto.
¡Pobrecitos frailes que se quedan dentro! — Comedia lírica en un acto.
El canto del gallo. - Zarzuela en un acto
Renato, Conde de Luxemburgo.—Opereta en un acto.
Los Morenos. — Comedia en tres actos
Los Morenos.—Idem íd. (Refundición.)
Juanita, La Divorciada.—Opereta en un acto. (3.ª edición.)
Las veletas.—Sainete.
Sergio, el soldadito de chocolate. Opereta en un acto. (.ª edición.)
La bella Olimpia.—Idem íd.
El rebaño.—Comedia en tres actos.
El papá del Regimiento.—Idem íd.
¡Yo necesito casarme! Juguete cómico en un acto.
La primera cana.—Monólogo. (2.ª edición.)
Olga, la traidora. – Melodrama en cinco actos.
Los mineros.—Zarzuela en un acto.
El Coronel Castañón.—Idem en dos actos.
El amor en maniobras.—Comedia en tres actos.
El hombre del día.—Comedia en dos actos.
Madrid-Niza. Zarzuela en un acto.
Sistema Ollendorff.—Entremés (2.ª edición.)
La muerte del torero.—Drama en tres actos.
Las cosas de Navarrete.—Farsa cómica en un acto.
El primo de mi mujer.—Comedia en cuatro actos.
Papaíto.—Idem en tres actos
El beso de Olimpia. Drama de Gran Guiñol en un cuadro.
¡A traición!—Idem íd.
El secreto del niño.—Id. íd.
Espionaje.—Idem íd.